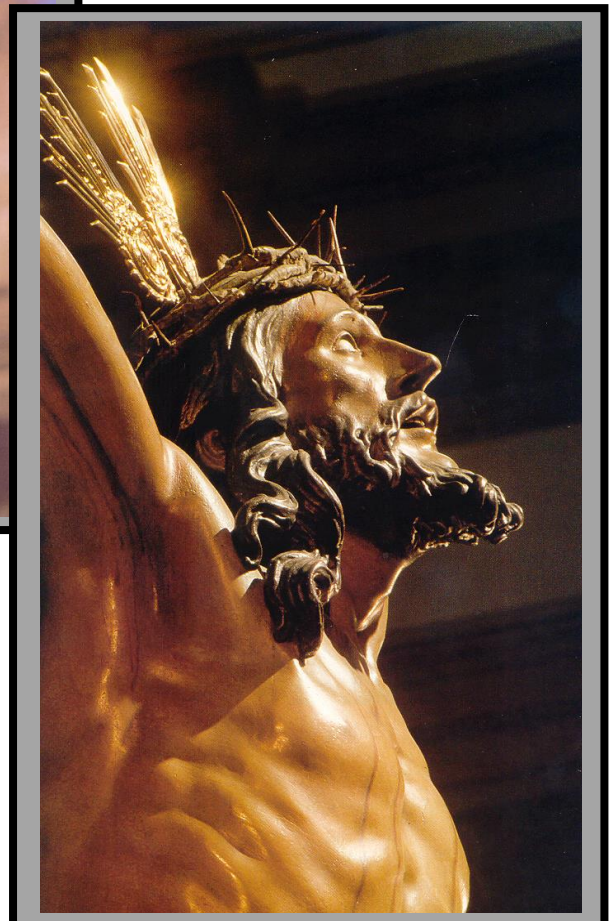


LA SEMANA SANTA Y LA CRUZ

LA PASIÓN DE CRISTO

(ESCRITOS DE JOSÉ RIVERA)



LA SEMANA SANTA Y LA CRUZ

Sin duda la Cuaresma es tiempo especialmente agraciado para disponernos al conocimiento sabroso y profundamente meditado del misterio de la cruz, un conocimiento que debe provocar un deseo de saborear lo que Cristo quiere ofrecernos a través de la cruz.

La Cuaresma, por otro lado, desemboca inmediatamente en los días de la Semana Santa, en que conmemoramos la pasión, muerte y resurrección del Señor.

Nos prepara en último término al Domingo de Pentecostés. Solemos presentarla sólo como preparación a la Pascua, pero la celebración de la Pascua únicamente tiene sentido como paso a la misión del Espíritu. Jesucristo vino a comunicarnos su Espíritu Santo. Y mal festejaría la Pascua quien no tuviese los ojos fijos en el Espíritu que ha de venir (Cfr. los discursos de la Cena en San Juan).

La Cuaresma es tiempo de penitencia, de ayuno, de conversión... Pero convertirse es vivir el bautismo: la participación de la muerte y resurrección de Jesús por la comunicación del Espíritu.

Es tiempo de especial intensidad en la predicación y en la acogida de la predicación, de la Palabra de Dios. Y el tema de la predicación es Cristo crucificado y resucitado. Líbrenos Dios de separarnos de San Pablo: "porque no he estimado saber entre vosotros nada más que a Cristo, y aún éste crucificado". Líbrenos Dios de atestiguarlos a nosotros mismos, a nuestro grupo, y no a Cristo resucitado. Con nuestra palabra y nuestra vida hemos de dar testimonio de El (Act. 1,8-22; Cfr. Jn 15,26-27). Si es que recibimos el testimonio del Espíritu.

Voy a limitarme a muy breves consideraciones sobre un aspecto esencial de la cruz de Cristo, tal como la vivió El y nos la quiere comunicar a nosotros.

La cruz de Cristo, misterio de salvación

Realmente el objeto de la cuaresma es disponernos -mediante el mismo ejercicio iniciado- a la contemplación de Cristo crucificado. Convertirse es ser convertido: dejarse hacer por Dios consciente de nuestra debilidad, de nuestra enfermedad, de nuestra locura, y contemplar a Cristo con la esperanza -que no es más que deseo confiado- de ser salvado: levantado a nueva fortaleza, salud y sabiduría divinas.

Basta recordar las palabras de Cristo a Nicodemo en el Evangelio de San Juan: en el contexto del pasaje de Jn 3,1-16, que nos relata el castigo de los israelitas rebeldes en el desierto, dice Jesús: "y del mismo modo que Moisés levantó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del Hombre, para que todo el que cree en El tenga vida eterna" (Jn 3,14-16; Cfr. Jn 12,32).

A esto nos va disponiendo la Iglesia, el Espíritu que obra en la Iglesia: a saber contemplar a Cristo. A mirarle, a escucharle. Sin más. El nos entregará su Espíritu en la cruz misma, nos lo entrega ciertamente en la comunión eucarística, cuando se realiza en verdad, cuando hay comunicación personal (Cfr. Jn 19,30.33-34, teniendo en cuenta que el agua es símbolo del Espíritu como nos dice el evangelista en 7,37-39).

A esto nos encamina todo el Año litúrgico: a aprender a mirar a Cristo como es: Hijo del Padre, portador del Espíritu, que muriendo, resucitando y actuando en su Iglesia -en su cuerpo místico- nos comunica el Espíritu más y más abundantemente cada Año litúrgico, en un ritmo ascendente, que debe alcanzar su cima en cada fiesta de Pentecostés.

Se trata, pues, de que conscientes de nuestra culpabilidad cumplamos la frase del mismo San Juan: "mirarán al que traspasaron" (Jn 19,37).

La cruz de Cristo revelación del amor de las Personas divinas

Así la cuaresma debe situarnos en detenida y sabrosa -dolorosa- contemplación del dolor de Jesús.

Y en primer lugar hemos de ver la materia del sufrimiento. Es necesario que nos paremos morosamente a contemplar la abundancia de sufrimientos de Cristo; a analizarlos, echándole incluso imaginación, aunque cuidadosos de conformarnos a la verdad que nos transmite el Evangelio.

Egoístas como somos, distraídos como estamos, no caemos fácilmente en cuenta de la intensidad de aquellas penas; ni de su variedad. Y sin embargo la revelación de Cristo pasa por el lenguaje del dolor. Mal podremos penetrar la revelación, si ni siquiera conocemos el idioma.

No hemos vivido los días terrenos de Jesús; no hemos presenciado jamás una crucifixión. Por eso se precisa una predicación y una meditación particularizadas acerca de sus padecimientos.

De sus dolores físicos, a lo largo de la vida entera. Cristo no sufrió solamente lo que solemos llamar "la pasión". Durísima, pero breve. A su paso por la tierra quiso penar con todos esos malestares, menudos pero continuos, que lleva consigo la vida de un hombre cualquiera, de "uno de tantos" (Flp 2,7): frío, hambre, sed, cansancio del trabajo... Esto nos revela su realidad humana, su cercanía a nosotros, su voluntad de hacerse hombre verdadero, tal como es de hecho el hombre verdadero en este mundo.

De sus dolores morales. No exactamente como los imaginamos; pero sí todas esas tristezas moralmente buenas: su pena por los dolores ajenos, por los dolores de su Madre, de sus amigos, de sus amados los pecadores... Su pena inexpresable -basta para hacerse una idea leer las confidencias de los santos- ante el pecado de los hombres sus hermanos. Dolor de ver al Padre ofendido, dolor de ver a los hombres autodestruyéndose. Dolor de verse quemando, consumiendo por el celo de la casa de Dios.

Cristo participó en la tierra de toda especie de pena. Pero ciertamente lo más resaltado en el Nuevo Testamento es la humillación, el tomar forma de esclavo, el someterse a una muerte ignominiosa, injusta. (Cfr. Fil 2,6-8; los cantos del Siervo de Yavé de Isaías).

Jesucristo no vino a enseñarnos cómo vivir y comunicar un aceptable nivel de vida, sino a demostrarnos cómo puede prescindirse de muchas cosas, de muchas comodidades legítimas, haciéndose pobre por nosotros (II Cor 8,9) y sufriendo las ineludibles consecuencias; aceptando la injusticia y padeciéndola. Ejerciendo la postura de ESCLAVO.

Pero hemos de tomar conciencia de que todo lo hace consciente y voluntariamente. Algo que después de contemplado un momento debemos revolver, como María, en nuestro corazón (Lc 2,19.51). Porque la voluntariedad de Cristo no es como la nuestra. Nuestro sufrimiento es inevitable de una u otra manera; eludir uno es caer en otro. Y nuestra voluntariedad es cosa poco más que de momento.

Pero Cristo no tenía que padecer, no tenía por qué hacerse hombre, y una vez encarnado tenía poder para evitar los sufrimientos. No tenía por qué haber sufrido. El mismo acepta como Verbo y como hombre todo el plan de vida y de muerte que el Padre le presenta, le ofrece. Podía haber eliminado uno a uno todos los padecimientos. Milagros hizo para librar a muchos, pero para alejar de sí el dolor no hizo ninguno. Y aún sin milagros es evidente que podía haberse abstraído a cada una de las molestias que le vinieron.

Desde el Antiguo Testamento la voluntariedad de Cristo en su pasión está reiteradamente expresa: "Por eso se le darán en suerte multitudes, masas recibirá como botín, por haberse entregado a sí mismo a la muerte..." (Is 53,12). Los sinópticos nos cuentan sus subidas a Jerusalén para ser entregado, su conciencia de que ha de morir. Pero es San Juan quien más claramente manifiesta esa voluntariedad: "nadie me quita la vida, sino que yo la doy voluntariamente" (Jn 10,18); es San Juan quien relata la historia entera de la pasión, desde la entrada en Jerusalén, como una acción de Jesucristo que entrega su vida

humana con pleno dominio (Cfr. Jn 12,23-28; 18,4-11 y 36-37).

Y supuestas las dos realidades precedentes: abundancia y variedad de sufrimientos aceptados, elegidos con plena voluntariedad, llegamos al meollo del misterio: ¿cuál es el sentido de todo este padecer?

Ciertamente la revelación eficaz, operante del amor de las Personas divinas tal como es: infinito en sabiduría y poder.

Manifestación, en primer lugar, del amor del Padre -y del Espíritu Santo- a Cristo

Y aquí acaso sea oportuna una reflexión sobre nuestros modos de predicar. A veces dadas nuestras expresiones, parece que el oyente debe concluir que Dios nos prefiere a nosotros y no que El es el Amado. Y ello tiene consecuencias muy notables, ya que a su vez el hijo de Dios que es el cristiano, se siente mucho más esclavo al servicio de un vastísimo plan del Señor para salvar al mundo, que hijo amado de un Padre que por amor le asocia, magnificándole, a su obra de salvar a cada hombre.

Es precisamente porque el Padre ama a su Hijo por lo que le confiere su Espíritu, su amor a los hombres, y su potencia salvadora. Es el misterio de la colaboración que brota inescapablemente del amor. El Hijo no recibe un mandato externo del Padre (Jn 10,17-18), sino que recibe su amor y este amor se manifiesta en forma también humana, al aceptar sufrir para poder ser fecundo.

Si no penetramos el amor del Padre al Hijo, nuestra confianza queda infundada. Y parece o no siquiera nace. ¿Que sentido podría tener la hondísima reflexión de San Pablo: "El que no ha perdonado ni a su propio Hijo, sino que le ha entregado por todos nosotros, ¿cómo, si estamos juntos con El, no nos dará todo por gracia?" (Rom 8,32).

Y tal amor se manifiesta como es: infinito: en intensidad: hasta el extremo. En poder, como nos descubre el dominio de Cristo sobre su vida y su muerte: "por eso me ama el Padre, porque yo doy mi vida para recuperarla: nadie me la

arrebata, sino que yo la doy por mí mismo. Tengo poder para darla y poder para recuperarla: ése es el mandato que recibí de mi Padre" (Jn 10,17- 18). Como nos descubre la resurrección. Infinito en sabiduría, en esa sabiduría que rebasa la meramente humana hasta parecer simple locura o escandalizar a los hombres (Cfr. 1 Cor 1,18-25).

Manifestación del amor de Cristo al Padre

Cristo manifiesta expresamente que el objeto de su pasión es darnos a conocer su amor al Padre (y en ese conocimiento consiste nuestra salvación): "para que el mundo sepa que yo amo al Padre y que actúo como el Padre me ha mandado" (Jn 14,31). Ciertamente los santos lo han captado siempre bien. Pero uno se pregunta si esta penetración de las relaciones de mutuo conocimiento y amor del Padre y del Hijo que constituyen exactamente nuestra vida, (Cfr. Jn 17,3; 20,30-31), ocupan mucho lugar e intensidad en las meditaciones y predicaciones ordinarias...

La humanidad de Cristo es símbolo, expresión, de su Persona divina; El es la Palabra pronunciada al mundo. Tiene por ello aumentada inefablemente la tendencia expresiva del ser humano normal. Y como el Verbo es amor (pues lo es el Padre) lo que el hombre Jesús expresa es el amor de la Persona del Verbo al Padre y al Espíritu. Y lo expresa, claro es, en modo humano; y el modo humano, supuesta la existencia del dolor y de la muerte, se expresa sobre todo en pena y muerte. Por eso Cristo tiene el impulso de entregar su vida al Padre, para manifestarle su amor.

Además hay que notar ese compartir el deseo mismo del Padre de hacer de cada hombre un hijo suyo, ese consumirse por el celo de la casa del Padre. Lo que llamamos obediencia (Fil 2,8), no es más que eso: la actitud de recibir consciente y voluntariamente los impulsos que el Padre le ofrece: la misma vida divina, vida también en forma humana. Es, no más, lo que tantas veces aparece en el Evangelio: que el Hijo lo recibe todo del Padre. Ni el Padre tiene nada que no comunique al Hijo, ni nada tiene el Hijo que no provenga del Padre.

Y lo mismo podemos decir respecto del Espíritu. Lo mismo en cuanto que Cristo

hombre esta continuamente impulsado por el Espíritu Santo, y se complace en recibir tales impulsos, y en ofrecer con su colaboración al Espíritu los templos humanos que El se complace en habitar.

Manifestación del amor de las Personas divinas a los hombres

La iniciativa de la pasión -tomada en totalidad la vida entera de Cristo sujeto al dolor- no pertenece al hombre Jesús, sino a las Personas divinas. El Nuevo Testamento reitera hasta la saciedad la expresión de esta realidad. Cristo es el enviado, lo recibe todo del Padre y es impulsado siempre por el Espíritu.

La muerte y la resurrección de Cristo es así la más clara manifestación del amor del Padre a los hombres. (Hay realizaciones superiores: la misión del Espíritu Santo, la inhabitación de las Personas divinas; pero tales realidades no son en sí manifiestas). Basta recordar algunos textos de la Escritura: "Pues de tal manera amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16); "La prueba de que Dios nos ama es que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Rom 5,8; Cfr. 5,6-11 y 8,31-38).

Manifestación del amor de Cristo, el Hijo hecho hombre

El amor tiende a la unión, a compartir los bienes con el amado. Por ello Cristo toma para sí este lote ineludible de la humanidad que es el dolor. Y al mismo tiempo nos comunica sus propios bienes. Y ya desde la tierra: su conocimiento del Padre, de los hombres... Toma una vida como la nuestra para, dándola, ofrecernos una vida como la suya (Cfr. Jn 10-13).

El amor tiende a beneficiar al amado. Cristo nos evita el mal absoluto e incluso el mal inútil. Para el cristiano, si lo es de veras, queda excluido el infierno, el pecado, el vano sufrir. Ciertamente que muchos males del mundo -males mirados en abstracto, sacados de su contexto total- acosan al miembro de Cristo, como le acosaron a El. Pero el cristiano tiene la capacidad de

convertirlos en instrumentos valiosos del bien, del gozo. Por Cristo todo coopera para nuestro bien (Cfr. Rom 8,28).

El amor tiende a manifestarse, a expresarse. Y no hay manifestación más clara que la convivencia y el dolor. Podemos dudar de las buenas palabras -experiencia tenemos de que ofrecimientos sinceros son aniquilados a la hora de la realización costosa-, podemos no estimar como prueba de amor personal incluso muchos beneficios, se puede hacer favores a personas que nos son indiferentes. Pero sobradamente sabemos que nos es imposible, sin interés egoísta alguno, sin provecho particular -y Cristo no podía tenerlos- la convivencia con una persona o el sufrimiento prolongado por ella, la muerte planeada, aceptada, realizada...

Y no es amor al mundo en abstracto, al género humano como tal. Es amor a cada uno de los hombres. Ciertamente Cristo ama a todos, amando a cada uno. Lo que sentía y expresaba San Pablo: me amó y se entregó a la muerte por mí...

Parece que al hombre le cuesta especialmente entender este misterio del amor personal de Cristo a cada uno. Tarde se ha llegado en las declaraciones de la Iglesia a tachar de heréticas proposiciones excluyentes de algunos grupos. Explicable, porque a nosotros nos resulta imposible, no podemos tener experiencia de este amor total a cada uno de todos.

Pero como decía un novelista, hoy sacerdote ortodoxo, hay palabras que no tienen plural y una es la palabra "hombre". No hay hombres, sino este y este y este hombre. Porque cada uno -ciertamente en comunidad inmensa- está elegido desde toda la eternidad por el amor del Padre como imagen e hijo irrepetible.

Y lo extraño es que tenemos día tras día la celebración de la Eucaristía en que Cristo se nos entrega a todos, uno a uno, totalmente.

Este amor personal de Cristo se nos muestra realizado en una manera sapientísima incomprendible para la carne. Nosotros, dado que fuéramos capaces de amar así de intensamente, habríamos ejercitado nuestro

amor levantando al caído hasta nosotros, eliminando su dolor súbita y definitivamente.

El amor de Cristo asumió nuestra pena dejándola intacta, en cuanto que como tal pena continua asediando al hombre. Algo que debe ser objeto de nuestro ejercicio cuaresmal.

En suma, la cuaresma debe llevarnos a una profundización en la penetración sabrosa del misterio de la cruz como signo del amor de las Personas divinas entre sí y de las Personas divinas a cada hombre. Con el sufrimiento como medio expresivo. Y de esta contemplación ha de manar un conocimiento nuevo también del hombre: de sí mismo y de cada uno de los demás. Y un conocimiento nuevo de lo que es el amor auténtico y de sus instrumentos: el dolor en general y la humillación en particular.

La cruz del cristiano

Tal es el sentido de la cruz del cristiano. Si de hecho Cristo me ha declarado su amor en este idioma, necesito ejercitarlo para entender más plenamente a Cristo. Si su dolor ha sido abundante y plenamente voluntario, el mío debe serlo igualmente. Por aceptación del mal inevitable, o por la elección del mal que no se me impone pero que yo elijo, es preciso que vaya siendo más y más consciente de lo que cuesta sufrir para que ahonde hasta qué punto Cristo me ha amado seriamente. Y como El ha sufrido corporal y moralmente, yo preciso también de padecimientos corporales y psicológicos.

Cada sufrimiento que me llega debo contemplarlo como una declaración de su amor, no quedarme en pensar: (cuánto me duele! sino: (cuanto me ama Dios! (cuánto nos ama el Señor!

Tal la primera tarea. Pero quiero señalar otros aspectos capitales de nuestra faena en este tiempo: la conversión intelectual.

La revisión de nuestros criterios a la luz de esta revelación de la sabiduría divina: la desvaloración del aprecio desmesurado de nuestra razón y su función en la vida cristiana. Sólo muy iluminada por la fe puede la razón humana intervenir fructuosamente en la construcción de la personalidad cristiana propia

y ajena, en la edificación de la Iglesia. El ambiente nos asfixia con una exaltación de nuestro propio juicio. Frases como "ya somos adultos" nos persuaden íntimamente de que todo ha de ser razonable en el vivir de los hombres de la Iglesia. Ciertamente nada debe de haber procedente de lo instintivo contra el entendimiento. Pero sobre el instinto, la sensibilidad y la razón naturales, está la acción del Espíritu que sobrepasa todo razonamiento. Los obstáculos que encuentra la obediencia, el sentido de la autoridad, en nuestros días no tienen otro sentido. Juzgamos a la autoridad según nuestros propios juicios, creemos que la obra de Dios ha de desenvolverse razonablemente. Y toda ella está fundada en la locura de la Cruz... Si el grano de trigo no muere, no fructifica. Y una forma de muerte es esta mortificación de nuestros juicios razonables para creer que Dios labora con una sabiduría distinta, superior, que, inevitablemente, a la propia razón se le ofrece como absurda.

Quien desee fundarse en la razón humana está tan lejos de la adultez cristiana como los Apóstoles cuando en sus primeros tiempos rechazaban los anuncios de la cruz presentados por Jesucristo.

El cambio de nuestra actitud ante la injusticia. Está muy bien que el cristiano se sienta impulsado a promover en una dirección de fe, de caridad y de prudencia, la justicia en el mundo. Pero ello tiene que incluir siempre esta disponibilidad personal a sufrir la injusticia en sí mismo. Quien reclama la justicia para sí, quien desea que obren con él razonable y justamente, no ha penetrado siquiera en el campo del Evangelio. Toda predicación o meditación sobre el tema que no deje bien esclarecida la realidad de esta aceptación del mal en lo que se refiere a uno mismo, no es meditación o predicación cristiana sobre la justicia.

Cristo nos ha redimido tomando como materia el sufrimiento extremadamente humillante de la injusticia ajena. Y además sin ninguna queja. Deberíamos leer muy pausadamente, muy humildemente, en oración profunda, el capítulo 53 de Isaías. Debemos recordar que hay que estar prestos a dejarnos despojar -lo que incluye necesariamente la injusticia ajena-. El mal del mundo sólo puede

vencerse con el bien, con el amor, y ese integra esta humillación, este padecer el mal en nuestra propia carne: "Pero yo os digo que no hagáis resistencia al mal, sino que más bien, si alguien te abofetea en la mejilla derecha, preséntale también la otra, y al que quiere hacerte pleito para quitarte el traje, déjale también el manto. A quien te obligue a caminar una milla, acompáñale dos. A quien te pide, dale; a quien quiere que le prestes, no le rechaces" (Mt 5, 39- 42). "Dale a todo el que te pida, y a quien te quite lo tuyo, no se lo pidas" (Lc 6, 30). "Pues eso es la gracia: que por consideración a Dios, uno soporte penas sufridas injustamente. Pues ¿qué gloria es aguantar los golpes si habéis faltado? En cambio, si, haciendo el bien, sufrís también vosotros con constancia, Esto es gracia ante Dios. A esto estáis llamados, entonces, porque también Cristo sufrió por vosotros dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas... (IPe 2, 19-21).

Y finalmente la visión de la cruz como instrumento, como lugar de paso, para la resurrección. La intensificación de la fe en la etapa gloriosa de la vida, después de la muerte. El amor a la cruz como participación de la cruz de Cristo, es siempre amor a Cristo y a los hombres redimidos por Cristo y deseo de la cruz como instrumento.

En torno nuestro los hombres que solemos llamar "de buena voluntad" intentan construir un paraíso en la tierra, mediante una obra, incluso sacrificada, pero siempre razonable, que excluye todo sufrimiento de la injusticia, toda humillación. Y así la caridad fenece y es sustituida, en el mejor de los casos, por un muy dudoso amor natural. Frente a esto, el cristiano ha de vivir de la fe, de una caridad que trasciende el amor humano en sus fines, en sus modos de obrar, en sus instrumentos. Con una consiguiente, inevitable y crucificante humillación: la de pasar por necio y por egoísta a los ojos del hombre animal. Y eso le sucedió ya a Cristo y ha de ser el martirio del cristiano de hoy.

En nuestra vida cristiana privada y apostólica, en la medida en que pueda aceptarse tal división, estamos intentando el juego imposible de cristianizar prescindiendo de la cruz de Cristo. Sólo aceptamos el dolor que un hombre cualquiera vería razonable, no el que Dios nos

envía, integrando el mal, el error, la debilidad e incluso el pecado. La cuaresma debe trastornar estas bases, y debe conducirnos a esta inteligencia, siquiera iniciada, del amor de Dios, infinito en intensidad, sabiduría y poder, tal como se nos ha manifestado en Cristo Jesús, crucificado y resucitado por nosotros, portador para nosotros del Espíritu Santo.

"Hoy no quiero pensar que mi camino
Perfumarán los lirios y las rosas,
Caldearán caricias amorosas
Y alumbrará la luz del sol divino.

Hoy no quiero pensar que mis dolores
Tendrán unción de celestial consuelo
Y se abrirán gozosos en el cielo.
Hoy busco las espinas, no las flores.

Ya no busco intereses de mi alma,
Ni atiendo ya si la gloriosa palma
Halaga la dureza del madero.

Por tu dicha, Señor, no por la mía,
Por consolar tu bárbara agonía,
Hablar de cruz a cruz contigo quiero".

LA PASION DE CRISTO

En el misterio de la Cruz está la clave de la vida cristiana. Quien penetra este misterio se instala espiritualmente en el mismo núcleo de la vida cristiana, que es el amor de Cristo, y allí se queda fijo, en el descanso de quien ha llegado a su término: "Estoy crucificado con Cristo -declaraba S. Pablo- y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí. Y aunque al presente vivo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí" (Gal 2, 19-20).

Los cristianos adoramos la cruz de Cristo porque en ella nacimos a una nueva vida, y en ella fuimos arrebatados a Satanás y liberados de nuestros pecados y de la muerte; pero adoramos la pasión de Cristo y mantenemos siempre viva en nosotros su memoria, especialmente porque en la Cruz conocimos hasta que punto nos amó el Hijo de Dios, hasta que extremo amó y ama Dios a los hombres. "Nosotros hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene" (1Jn 4,16); en la Cruz hemos descubierto la realidad fundamental de toda la Buena Nueva: que Dios nos ama. Y los que hemos descubierto y conocido y creído en este amor que Dios nos tiene somos los elegidos, los cristianos. Por esto sabemos que en la Cruz se encierra nuestra redención, si, pero también la manifestación de la mayor verdad cristiana: Dios nos ama, "Nadie tiene mayor amor que este de dar uno la vida por sus amigos" (Jn 15, 13). El sufrimiento es el sello inequívoco del amor; aquél que más capacidad tiene para sufrir por nuestro bien, aquél es quien más nos ama. Cristo fue capaz de morir por nuestro bien, por salvarnos a nosotros, sus enemigos personales. La bondad de Cristo, la inmensidad de su amor por nosotros, aparecen cegadoras en la Cruz. "En verdad apenas habrá quien muera por un justo; sin embargo, bien pudiera ser que muriera alguno por uno bueno, pero Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Rm 5, 7-8).

Si la Pasión de Cristo constituye la clave de la Redención -pues por ella fuimos salvados- y del Evangelio -pues por ella conocimos el amor de Dios- no es raro que los Apóstoles hicieran del misterio pascual de Cristo -Muerte y Resurrección- el centro mismo de la predicación

de la Buena Nueva. Nosotros -dice S. Pablo- "hablamos, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; pues si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la Gloria...nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya judíos, ya griegos" (1Cor 2, 6-8 y 1, 23-24).

Os hablaré yo también detenidamente de Cristo crucificado, pero -desde ahora os lo aviso- quiero que de todo lo que escuchéis sobre la pasión de nuestro Señor haya una verdad que se os grabe definitivamente en la cabeza y en el corazón: que Dios os ama, que el amor de Cristo es lo más firme, lo más evidente, lo más importante que existe en este mundo. De todo podréis dudar, pero nunca del amor que Cristo os tiene.

Al proponer la Buena Nueva nunca confío en el poder expresivo de mis palabras, pero mucho menos cuando se trata de predicar a Cristo Crucificado: sobre la Cruz no cabe hablar "bien", siempre nuestro intento resulta fallido en un noventa y cinco por ciento. Pero sí confío en que el Espíritu Santo, el Glorificador del Hijo, venga en nuestra ayuda y nos ilumine interiormente el profundísimo misterio de la Cruz de Cristo, clave de toda sabiduría y de toda redención. Sin su ayuda, nunca podríamos penetrar en el conocimiento del amor de Cristo. "Las cosas de Dios nadie las conoce sino el espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido" (1Cor 2, 11-12). Es cosa de experiencia que el mundano -caracterizado en el Evangelio por el tipo social del "rico"- puesto ante la Cruz, no ve nada, como no sea un espectáculo lamentable, una historia ridícula idealizada por hombres aun más ridículos, un escándalo, una locura, un enigma vagamente desagradable e inquietante. "El hombre actual no percibe las cosas del Espíritu de Dios" (1Cor 2, 14).

No así reaccionan los cristianos ante el misterio de la Cruz. Todos la miran con veneración y respeto. Pero...muy pocos la comprenden. Y comprender el misterio de la Pasión de Cristo está en verla como raíz de nuestra redención y como máxima manifestación del amor de Cristo.

Pidamos, pues, ayuda al E. Santo. De Él dijo nuestro Señor: "El Espíritu de verdad os guiará hacia la verdad completa...Él me glorificará" (Jn 16, 13-14).

¿Por qué Dios quiso restaurar el orden primero y salvar a los hombres acudiendo a un medio tan terrible como es la muerte atrozmente dolorosa de su propio Hijo hecho hombre? Es la primera pregunta que viene a nuestra mente.

Pero no, aun hay otras antes: ¿no había otro modo distinto de la cruz para redimir a los hombres y restaurar la gloria de Dios? Absolutamente hablando, es evidente que la redención hubiera podido realizarse sin la pasión de Cristo; pero, supuesta la voluntad del Padre acerca de que Cristo aceptara la Cruz, hay que afirmar que ya no fue posible la salvación al margen de la Cruz. Y consta que Dios quiso este modo de redención; cuando Jesús acepta la muerte por crucifixión declara: "Tal es el mandato que del Padre he recibido" (Jn 10, 18). Y también en Getsemaní aparece clara la voluntad que Dios sobre este punto: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lc 22, 42).

Así pues, es cosa cierta que Dios dispuso la redención del género humano por la muerte dolorosísima de Cristo en la Cruz. Volvamos entonces a la pregunta primera: ¿Por qué Dios quiso la Cruz, este terrible modo de redención?

1. Para mostrar su amor a los hombres, manifestando hasta que punto llega su bondad con nosotros: "Dios probó su amor hacia nosotros en que, siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" (Rm 5, 8). Ciertamente que, si no tenéis una idea adecuada de la grandeza de Cristo, Señor de cielos y tierra, no podréis apreciar debidamente el amor que en Él supone la aceptación de la Cruz.

2. Para que los hombres aprendiésemos cómo se debe amar al Padre. Cristo, aceptando la Pasión,

aceptándola por agradar a Dios, nos muestra cómo se debe amar a Dios, eligiendo la muerte antes que la rebeldía. En el camino de la Cruz Cristo se vio sostenido especialmente por su voluntad de glorificar al Padre y de enseñar al mundo qué amor merece. Probablemente, las últimas palabras del Señor en la última cena fueron estas: "Conviene que el mundo conozca que yo amo al padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago. Levantaos, vámonos de aquí" (Jn 14, 31). Cristo nos enseña por medio de su pasión hasta qué extremos "debe" llegar el amor y la obediencia al Padre. Es decir, nos enseña que en el amor y la obediencia al Padre Celestial no hay extremos. Y esto nos lo enseña a los que habíamos de ser sus miembros místicos, ganados preciosamente en la Cruz: la Iglesia nace de la Cruz -del costado abierto de Cristo-, y así nace sellada en el amor y la perfecta sujeción al Padre celestial. El amor del unigénito al Padre, y su obediencia, deben continuar en nosotros, los miembros del Cuerpo Místico de Cristo, "pues para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por vosotros y os dio ejemplo para que sigáis sus pasos" (1Pe 2, 21). La Cruz, la dolorosísima y adorable cruz, encierra en sí la perfecta lección de cómo se debe amar al Padre y a los hombres. La Cruz es la cátedra suprema de la caridad de Cristo. En ella murió por amor al Padre y por amor a sus hermanos; que entonces éramos sus enemigos.

3. Dios eligió la redención de la Cruz para que fuésemos sobreabundantemente (Ef 1, 8) liberados, perdonados, sanados, de tal manera que no solamente alcanzáramos la absolución de nuestros pecados, sino que por la inmensa efusión de la caridad de Cristo en la Cruz mereciéramos del Padre la filiación divina, la inhabitación del Espíritu y el premio de la vida eterna. (Oh feliz culpa que nos trabajó un Redentor tan admirable! El sacrificio de J.C. en la Cruz sobre restaurar aquella primera caída y destrozada por el pecado, instaura una segunda creación inmensamente superior a la primera, donde los hombres son perdonados y son hechos hijos de Dios. Con toda verdad pudo decir S. Pablo que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Rm 5, 20).

4. Dios dispuso el tremendo sufrimiento de la Cruz para que viendo lo que hubo de sufrir

Cristo cobremos horror al pecado y nos apartemos de él con absoluta decisión todos los que nos sabemos redimidos de su esclavitud al precio de la sangre de Cristo. "Habéis sido comprados a buen precio. Glorificad, pues, a Dios con vuestro cuerpo" (1Cor 6, 20). Si tenéis siempre en vuestro pensamiento la Pasión de Cristo, no pecareis; al menos no pecareis alegremente si sabéis que el perdón de vuestros pecados mana de la fuente misericordiosa del Calvario, inagotable, como el amor de Cristo. Pecar sería para nosotros otra cosa, en el caso de que nuestro Señor hubiera obtenido graciosamente la remisión de nuestros pecados. Sólo el que lleva grabada en su alma la imagen del crucificado conoce lo que es el pecado y puede detestarlo como viene.

5. Finalmente, debéis fijaros en que la redención en la Cruz fue dispuesta por Dios del modo más digno para la humanidad: Dios quiso que el mismo hombre que fue vencido en Adán, triunfase en Cristo. Así pues, "gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor J.C." (1Cor 15, 57).

Para que podáis apreciar cuanto os ama Cristo conviene que meditéis con cariño lo mucho que Él sufrió por vuestra redención. Algunos piensan que meditar en los dolores de la Pasión de Cristo es algo morboso e inútil. Sin embargo, siempre la Pasión ha sido tema predilecto en la oración de los santos. Y la razón es evidente: los cristianos meditamos en los dolores del Crucificado por que estamos ciertos de que en ellos descubrimos como nada el amor que Cristo nos tiene. Y en el amor de Cristo descansa toda la vida cristiana: por que sabemos que nos ama, nos dejamos conducir por él, aunque en ocasiones nos guie por oscuros y áridos caminos; porque sabemos que nos ama, tenemos cierta y firmísima esperanza de llegar por su misericordia al Reino de los Cielos; por que sabemos que nos ama, y vemos en la Cruz hasta que punto nos ama, se enciende nuestra caridad hacia Él, el amado de Dios y de los cristianos, y por Él somos capaces de hacer todo lo que le agrade y de evitar todo lo que le desagrada, sin reparar en los sufrimientos que este amor a Cristo nos traiga, fieles a ese amor hasta la muerte, día a día hasta el martirio. Ya veis que el conocimiento del amor que Dios nos tiene constituye la raíz misma de la vida cristiana:

"nosotros hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene" (1Jn 4, 16).

Nunca se ha definido mejor a los cristianos que con esas palabras de S. Juan. Por eso os pido que pongáis todo vuestro deseo espiritual en conocer el amor de Dios, y que leáis una y otra vez los relatos de la pasión y que le pidáis al E. Santo que os de a conocer el amor de Cristo expresado en sus manos y pies clavados, en su cabeza coronada de espinas, en su costado abierto de un lanzazo, en sus espaldas azotadas, en su rostro abofeteado y escupido.

¡Qué dolorosa fue la pasión de nuestro Señor Jesucristo! Él, siendo Dios, se hizo hombre pasible para poder sufrir por nosotros y redimirnos así en el sacrificio de la Cruz. Que nunca se acostumbren nuestros ojos a contemplar la tremenda escena del Calvario, donde Xto, siendo Dios, sufre un mar de amarguras y de dolores físicos. Setecientos años antes Isaías contempla en visión profética, atónito y conmovido, el gran drama del Gólgota: "se pasmaron muchos, tan desfigurado estaba su rostro que no parecía ser de hombre; así se admiraran de Él las gentes, y los reyes cerraran ante Él su boca al ver lo que jamás vieron, al entender lo que jamás habían oído.)Quién creará lo que hemos oído?)a quien fue revelado el brazo de Yavé? Sube ante él como un retoño, como retoño de raíz en tierra árida. No hay en Él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en Él belleza que agrade. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conecedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada" (Is 52, 13-15; 53, 1-3). Dolores físicos atroces, sufridos por un cuerpo perfectísimo, de una sensibilidad extraordinaria, por tanto. Dolores espirituales imposibles de describir al ver el pecado de aquellas pobres gentes, las intrigas y calumnias urdidas por las clases dirigentes, la ingratitud de los que poco antes habían recibido su predicación y el beneficio de sus milagros, la desmoralización del colegio apostólico, el dolor de su Madre al pie de la Cruz, el sentirse abandonado del Padre, dejado de la mano de Dios...

Sufrimientos completamente reales, presentidos a lo largo de toda su vida, dolores sufridos por la persona divina de Xto en su naturaleza humana,

es decir, tormentos sufridos por el Hijo de Dios... Dios sufrió por nosotros ")Quien creará lo que hemos oído?. Fue Él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado. Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, en sus llagas hemos sido curados, todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yavé cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros" (Isa 53 4-6). Xto en la Cruz toma sobre sí los pecados pretéritos, presentes y futuros de toda la humanidad. El castigo salvador pesó sobre Él y en sus llagas fuimos curados. El aceptó sobre sí el castigo que nosotros merecemos por nuestros pecados, para que nosotros pudiéramos librarnos de él. Sigue Isaías narrando la pasión, la inocencia del siervo de Yavé, Jesús, su no resistencia al sufrimiento, a la vergüenza, a la mentira, y su triunfo final: "el justo, mi siervo, justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos. Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres y recibirá muchedumbres por botín; por haberse entregado a la muerte y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores" (Isa 53, 11-12). Leed muchas veces el cap. 53 de Isaías, "el 51 Evangelio", en expresión de S. Agustín.

Y todo este sufrimiento lo acepta Jesús con perfecta libertad: "por esto el Padre me ama, por que yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla" (Jn 10, 17-18).

¿Y aún dudaremos en la pena, en el dolor, en la angustiada encrucijada moral de que Cristo nos ama?)Qué más pudo hacer para declararnos su amor? Ante la realidad de la Pasión de Xto) tenemos nosotros vergüenza para andar midiendo mezquinamente nuestra respuesta al amor de Xto?)Podremos pensar en algún momento que, con todo lo que vamos haciendo de bueno, ya hemos cumplido con Xto?)Trataremos de extremista y exagerado al sacerdote, al familiar, al amigo que nos empuja a una vida cristiana mucho más alta y nos exhorta a entregarnos sin límites, incondicionalmente a la

voluntad del Señor dispuestos a lo que sea, a lo que Él quiera?)Nos atreveremos a decirle a Xto, el que murió por nosotros en la Cruz, "espera, aún no, tanto no, eso cuesta mucho, eso es demasiado, sí, pero con esta condición"?)Nos quejaremos ante las penas de la vida? Mas aún,)nos creeremos en alguna ocasión especialmente irritante "con derecho a la protesta y a la queja"?

(De una charla sobre la Pasión).